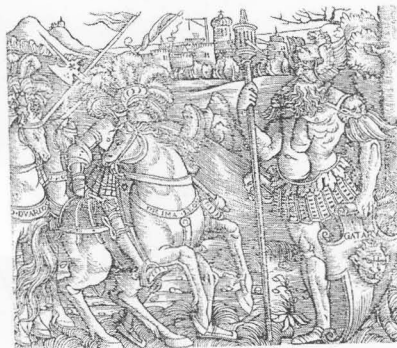


de Víctor Infantes

dad eso de los “trescientos libros” que tenía en un lugar de la Mancha, si admitimos en las palabras del personaje los pensamientos (o los deseos) del autor, pero 115, desde luego, están en las entradas de la Locura por los libros.

Este impresionante y envidiadísimo catálogo está preparado por Alicia Bardón, quien en las palabras de salutación reconoce que “no están todos los que son —muy a nuestro pesar—, ni son todos los que están, en algunos casos hemos dado por seguras ciertas lecturas a pesar de no haber encontrado “prueba” de ello. Nos hemos ceñido a ediciones contemporáneas y anteriores a Cervantes, 1616 como fecha límite en la que se despedía del Conde de Lemos con un pie en el estribo, ediciones que pudieron, por tanto pasar por sus manos.” Llevo algunos años con la querencia librería de los catálogos de libros y esporádicamente un sano livor me ataca ante determinadas piezas, pero nunca se me habían disparado las bilirrubinas bibliográficas como en esta ocasión, en que me he emocionado como un principiante; sobre todo, por tener ahí, tan cerca, tan posible y tan real una “biblioteca cervantina” que se cree que sólo existe en el Parnaso de las ilusiones, dejando aparte, claro está, la Biblioteca Nacional, aunque en Recoletos sólo se puede mirar y no comprar. A cambio, Luis Bardón y su saga matriarcal siguen alimentando nuestros sueños libresco y haciendo posible, todavía, cumplir alguno de ellos.

Ya que andamos con El ingenioso hidalgo, terminemos con algunas noticias cervantinas y postcentenarias. Llevamos dos Aureas preguntando a los responsables editoriales de la Universidad de Jaén por el precio incomprensible de algunas de sus publicaciones, y seguimos sin contestación escrita, oral o electrónica (y menos aún en donativos impresos), pero como ellos siguen en sus trece, y como no hay dos sin tres, allá va otra interrogante. El pasado año del Centenario han editado un facsímile del Quijote de Ibarra [Madrid, Joaquín Ibarra, 1780; 4º mayor, 4 ts.; Jaén: Universidad de Jaén/Caja Rural, 2005; 4º marquilla, 4 ts. en estuche, con estudio preliminar de Dámaso Chicharro Chamorro] al desconsolado precio de 300,00€, bien es verdad que lo dan encuadernado, mejor dicho: encuadernado a la “provincial”; pero valga recordar que es el tercer facsímile del inmortal impreso del Maestro Ibarra, y que si no queremos contar con el obsoleto reprint de Barcelona: Orbis, 1983, en 2 ts. que anda en el mercado de ocasión a ¡10,00€!, tenemos a la mano la correctísima reproducción de Zaragoza: Gobierno de Aragón, 2004, 4 ts., en estuche, casi a la mitad: 120,00€. ¿De dónde sale, entonces, ese precio injustificado, máxime cuando se cuenta con el patrocinio de una entidad financiera? o ¿es que aparte del rollo cultural (y tal y tal)



también una universidad tiene que hacer Caja? Nada que ver, por contrastar otro ejemplo, con el reciente y bien merecido facsímile de una de las ediciones claves del Quijote, la del Reverend Juan Bowle, A. M. S. S. A. L. (Salisbury, Eduardo Easton, 1781; 4º, 4 ts. en 3 vols.), preparada por Eduardo Urbina [Newark: Juan de la Cuesta, 2006; 4º, 4 ts. en 3 vols., con prólogos de Eduardo Urbina y Daniel Eisenberg] al razonable precio de 99,00\$. Como me quedan algunos días de verano me enzarzo con una novela que no quería empezar: Ladrones de tinta de Alfonso Mateo-Sagasta [Barcelona: Ediciones B, 2004; 4º, 572 pp.+1 h.]; no me han augurado nada bueno, pero soy de lectura fácil, que cede ante ciertas tentaciones, y quiero convencerme a mí mismo de la búsqueda por el Madrid del Siglo de Oro de la verdadera identidad del falsario Alonso Fernández de Avellaneda, tarea que el mismísimo Francisco de Robles, editor de la primera parte Quijote, encarga a Isidoro Montemayor, paparazzi, corrector (y garitero) de su imprenta; aparece el propio Cervantes y la corte de escritores que le querían y le ignoraban y, por ello, prometer, promete, pero eso le pasa a todas las novelas si uno se fía de las solapas, de la prensa y de algunos correveidiles. Ya les contaré si ha lugar lo que dan de sí esas tramas hipotéticas de lo que llaman novela histórica y que luego nos quieren hacer pasar por ficción si salen mal paradas; y, si no, me quedo con los libros, bien reales y posibles de los catálogos mencionados, que no hay mejor biblioteca (como dije en una ocasión) que la biblioteca imaginada, que nada cuesta soñar con tener, aunque nada se tenga.